

MARY H. K. CHOI

REGISTRO PERMANENTE



Título original: *Permanent Record*

© 2019, Mary H. K. Choi

Traducción: José Carlos Ramos Murguía

Diseño de portada: Lizzy Bromley

Ilustraciones de portada: © 2019 por ohgigue

Fotografía de la autora: Aaron Richter

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: enero de 2022

ISBN: 978-607-07-8284-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

CAPÍTULO

1

No me importa lo que digan los imbéciles con los que vivo. No trabajo en una «tiendita». Es una tienda de alimentos saludables. Lo dice ahí mismo, en el letrero: M&A BARRA DE JUGOS, DELI ORGÁNICO Y ABARROTES NATURALES.

Sí, sí, ya sé. Está *implícito*.

En fin, está bien iluminada, es enorme para los estándares neoyorquinos y tiene toda una tropa de licuadoras Vitamix al frente, cuando menos con valor de unos cuatro mil dólares. Además, vendemos todo tipo de comida fetiche para ricos. ¿Buscas goji berries orgánicas y sin sulfatos de dieciocho dólares por bolsa? Aquí las encuentras. ¿Pastel libre de gluten, libre de azúcar y libre de colorantes para el próximo cumpleaños de tu niño sin vacunar? También. Tenemos incluso mezcla de harina para pastel con gluten, que es igual de cara porque es irónica.

¿Ves? Es una cosa muy elegante, para nada una «tiendita». No importa que esté abierta las veinticuatro horas del día, que sea propiedad de una pareja de coreanos que no se anda con estupideces y que tengamos un gato llamado Gusto. Repito: No. Es. Una. Tiendita.

Como sea, solo me gustaría que la estúpida tienda de comida saludable estuviera un poco más cerca de mi de-

partamento. Sobre todo cuando el aire gélido te destaza la cara.

Deslizo mi tarjeta del metro con suavidad —y velocidad—, preparándome para escuchar el *clonk*, la barrera bloqueada por el pase expirado, pero el torniquete me deja pasar. El lector parpadea: «EXP 13/02».

Genial, mi tarjeta se morirá al dar la medianoche del día en que nació: San Valentín. Lo bueno es que no soy ultrasupersticioso ni tiendo a la ansiedad paralizante. (Sí soy y sí tiendo a eso).

Una lata de Red Bull se estremece en las vías cuando una rata pasa junto a ella. Tengo los dedos de la mano derecha tan entumidos que verlos buscar el estúpido video en mi teléfono es como una experiencia extracorporal, como si estuviera viendo por encima del hombro de alguien más.

«¿Cómo entré a Columbia con beca completa?».

Debería meterme la mano muerta al bolsillo, pero no puedo. Tengo que averiguar cómo lo hizo.

Porque así es mi locura (todos estamos locos de una forma muy particular; la variedad de sabores de locura es casi interminable, pero ¿y la mía?): estoy convencido de que el siguiente video en la lista de reproducción contiene la respuesta, el antídoto para mi vida entera. Creo (pero jamás lo reconocería abiertamente) que ver a aquella chica afrobritánica, cuya belleza parece imposible y que tiene un espacio entre los dos dientes delanteros, revelar cómo logró que la aceptaran en Columbia con una beca completa utilizando su cuenta de Instagram hará que la misma mierda me suceda a mí. Como si la realidad fuera una película de terror japonesa en la que ves un video con baja definición y te conviertes en «el elegido». Así será, tan pronto este portal de trece minutos hacia una mejor versión de mi vida se apure y cargue en medio de esta tundra.

La universidad.

Nada más hablar de ello hace que me suba la presión. Es solo uno de varios temas que no toco con mi mamá, quien es asiática; coreana, para ser más específicos (surcoreana, por si queda duda). Una mujer humana que se mudó a Estados Unidos a los nueve años para mejorar sus condiciones de vida. Pero, como ella lo cuenta, no es a su benevolente tía en Virginia a quien le debe el éxito. Fueron determinación pura y una aparentemente inagotable reserva de furia las responsables de que se haya convertido en doctora. Mamá lo deseaba más que cualquier otra cosa. Y es con esa misma rudeza obcecada con la que desprecia mi trabajo. Desprecia cómo se ve. Desprecia la óptica. Desprecia la *melanina*. No le importa si trabajo en una tiendita o en un negocio de alimentación saludable o abriendo almejas en el mejor restaurante orgánico de Manhattan. No quiere que esté ni cerca de la industria de servicios. Ni tantito. No viajó siete mil kilómetros para pagarse la carrera de medicina y luego una especialidad para convertirse en anestesióloga del hospital Presbiteriano de Nueva York, todo para que su primogénito trabajara en lo que ella llama «un empleo de primera generación». A mi papá, quien es de origen paquistaní y nació en Jersey (él diría Jersey, si le preguntas, en vez de Princeton, que es mucho más exacto), no le importa tanto. A pesar de su título de ingeniero *de Princeton*, es el patriarca más relajado del mundo. En serio, hace que la marihuana parezca ansiosa. Es medio musulmán, pero no reza cinco veces al día, sino que medita todo el tiempo con una app que es gratis si escuchas los anuncios. No come puerco, pero dice que es por la misma razón por la que no come pulpo: porque son animales inteligentes que sienten miedo. En McDonald's pide la hamburguesa *Filet-O-Fish*, pero no porque sea *halal*, sino porque es lo que siempre pedía cuando era niño. Bebe sidra y le

pone Baileys a su té en Navidad, lo que no solo es *haram*, sino también lo más básico del mundo.

En pocas palabras, mi papá es un paco: paquistaní-americano confundido. Son sus palabras, no las mías. Tras nacer y crecer en la costa este, su papá, mi *dada abu*, se mudó en los setenta para tomar un puesto como profesor de Humanidades. Fue todo un logro, un inmenso orgullo para su familia, quienes eran trabajadores textiles en Lahore. Todo iba saliendo conforme lo planeado, hasta que mi papá decidió no estudiar un posgrado, sino trabajar en una compañía naciente de videojuegos y luego se casó con mi mamá. Nos hemos distanciado de ese lado de la familia, sobre todo desde hace diez años, cuando mi tía Naz, la hermana menor de mi papá, literalmente se mudó a Tasmania.

Pero la principal razón por la que a mi papá no le importa en qué trabaje, siempre y cuando esté «persiguiendo mis sueños» (lo juro: son sus palabras), es que, aunque trabajara en la NASA, la gente seguiría creyendo que trabajo en la industria de servicios. De hecho, mi papá y yo hemos hablado de cómo, cuando estamos en cualquiera de las grandes cadenas de tiendas, la gente suele suponer que somos empleados. Nunca falla. Sé que si entro a una farmacia CVS con una polo, aun si es esa de Ralph Lauren que dice SNOW BEACH, más de una persona tendrá el descaro de preguntarme por las vitaminas o hasta qué hora estará abierto. Si lo piensa uno bien, es increíble: el racismo es onda y partícula, pues también nos siguen en las tiendas como si fuéramos a robar algo. Quizá sospechan que el crimen viene desde adentro.

El tren. Gracias a Dios. Logro conseguir un asiento. Mi teléfono vibra en mi mano. Número bloqueado. Pero sé perfecto quién es. Cualquiera que tenga suficiente dinero para bloquear su número o que tenga uno de esos que inician con cero uno ochocientos demasiado fáciles de re-

cordar —como 882-88-88—, llama para cobrar algo. Sobre todo si llama a la hora de la cena.

Reviso mi saldo bancario en el celular. Entre las tarjetas de crédito, los préstamos estudiantiles y la renta, la cosa está dura.

Solo una de las puertas del vagón se abre en mi parada. Típico.

Mierda. Voy tarde. Mi aliento forma nubes como de caricatura cuando salgo disparado de la plataforma y voy hacia las escaleras. No era mi intención llegar tarde. Nunca es mi intención llegar tarde.

—¡Oye! —grita un chico con una chamarra roja cuando paso corriendo junto a él—. Déjame pasar, amigo.

—Ay, por favor —estallo contra el idiota, pero regreso para prestarle mi tarjeta de todos modos.

Salgo a toda prisa por la Séptima, empujo la puerta de plástico, tomo una uva de la hielera y me la echo a la boca, y de inmediato me arrepiento, pues la tienda es un panóptico y el señor Kim tiene cámaras en todas partes. Además, seguro me provoqué una infección por *E. coli* por no haberme lavado las manos, todavía sucias por viajar en metro.

—Hola, Tina. —Tina de inmediato revisa la hora el reloj de pared que está detrás de la caja y me lanza una mirada asesina—. Vamos —intento convencerla—. Son cuatro minutos.

Tina mide un metro y medio exacto, y tiene memoria fotográfica para los números y los rencores. Los cabellitos de su frente están despeinados, lo que suele ser un buen indicativo de su humor, y tiene enormes ojeras debajo de los ojos. Durante una época estuvo obsesionada con su labial rojo de MAC.

—¡Es Ruby Woooooowooo! —exclamaba con su aguda voz y alargando la última vocal cuando la clientela le pre-

guntaba al respecto. Pero eso fue antes de que las náuseas matutinas la destruyeran. Ahora me pela los dientes y va a buscar su abrigo a la parte trasera de la tienda.

Desde que se embarazó, Tina se comporta como si fuera mi jefa. Éramos amigos de verdad apenas el verano pasado. Fuimos a la playa. No fue precisamente una cita romántica, pero llevamos una hielera a las Rockaways y comimos espagueti con salami, lo que según Tina es una comida tradicional dominicana para la playa. Nos lo bajamos con aguas locas azules, cuyas botellas tenían *stickers* de unicornios y que son, por supuesto, la bebida neoyorquina tradicional que se consume en la playa. Luego nos quedamos dormidos hasta que una parvada de gaviotas intentó robarse nuestra enorme bolsa de Herr's Honey Cheese Curls, y tuve que arrojarle una de mis botas Timberland para ahuyentarla. No hay actividad de playa más neoyorquina que esa. Como sea, extraño a esa Tina. Entiendo por qué ya no puede andar haciendo tonterías conmigo, pero es horrible. Me tardo un buen rato en llegar al mostrador, tomo el bote de doce dólares de yogurt australiano de vaca de libre pastoreo de la sección de antojos junto a la caja, y lo guardo de nuevo en el refrigerador. Me llevo también el panqué de matcha de nueve dólares que quedó olvidado junto a los té. Hago toda una faramalla para demostrar lo acomedido que soy.

Tina no muerde el anzuelo.

—Se supone que debes llegar quince minutos antes para hacer eso. Así que, en realidad, llegaste diecinueve minutos tarde, Pab. —Tina se pone los guantes con tanta furia que mete dos dedos en el mismo agujero.

—Ay, ya le ahorré a la empresa como veinte dólares en veinte segundos —le digo mientras me quito el gorro y señalo las hieleras con la cabeza—. Esas son como dos horas de trabajo. —Traigo puesta mi sudadera xxxl, lo que significa que estoy en el último aliento de mi ciclo de lavado.

Apenas si cabe debajo de mi abrigo, así que la arremango para liberar los brazos—. Vamos, T —le ruego—. ¿Cómo te puedes enojar con un hombre que padece de trastorno estacional afectivo? Ya sabes que mi gente no está hecha para estos climas. —Tina está casi lista para matarme—. Perdón. —Meto el abrigo debajo del mostrador y le doy a ella un empujoncito afectuoso, pero Tina ya activó la secuencia de lanzamiento de los misiles.

—Siempre haces lo mismo. Intentas usar tu encanto y ese cabello para librarte de estas situaciones. —De puntitas, da manotazos en el aire entre nosotros, pues mido casi cuarenta centímetros más que ella—. Y esa cara. —Manotazo, manotazo—. ¡Estoy harta! —Me lanza una mirada dramática y levanta una mano envuelta en un guante rojo—. Estas mierdas ya no funcionan conmigo.

No quiero sonar como un imbécil, pero con las mujeres estas mierdas suelen funcionarme.

—De acuerdo, mira. —Estiro la mano y tomo dos Ferrero Rocher dorados de la canasta de dulces de cincuenta centavos que está junto a la caja, y los pongo sobre su palma envuelta en estambre rojo. Son sus favoritos—. Déjame trabajar la mitad de tu siguiente turno. —No soporto que la gente esté enojada conmigo—. Que sea mi regalo de San Valentín para ti.

—Y para Daniel —aclara ella, más tranquila. Daniel es su hombre. Un ñoño medio retrasado.

—Y para Daniel... aunque sea un ñoño medio retrasado —repongo, envalentonado.

Daniel es buen tipo, pero que trabaje en una tienda de Verizon es un problema. Pero bueno, yo trabajo en una tiendita.

—Y también me vas a cubrir en mi cumpleaños el mes que viene —agrega.

Carajo. Debí haber visto venir ese chantaje.

—Está bien.

Tina sonrío con los ojos entrecerrados, pestañea y se guarda los dulces en el bolsillo.

—Y vas a poner un dólar en la caja en este preciso instante —añade mientras señala la canasta de dulces y se envuelve la cara con la bufanda, como si fuera a enfrentar una tormenta de arena—. Que no se te olvide. —Y luego, antes de irse, se acerca a la caja y me abraza—. Feliz cumpleaños, Pablito.

La puerta se azota cuando sale, justo al mismo tiempo que Gusto salta sobre el mostrador. Gusto es completamente negro, salvo por un mechón blanco en el mentón que, lo juro, parece una barbita. Es como si tocara el contrabajo en una banda de gatos jazzeros. Él y yo tenemos una conexión especial. No deja que nadie más que yo lo toque. Es mi compadre.

Busco cambio en mis bolsillos. El señor y la señora Kim están obsesionados con el inventario. Si alguien los viera, creería que están a punto de jugar una ronda espontánea de golf, pues lucen como eternos vacacionistas, pero no se les escapa una. Saben a la perfección cuántos Ferrero Rocher y cuántos de esos bombones Baci hay en la canasta, además de los chiclosos de jengibre que, a cincuenta centavos cada uno, me parecen un robo absoluto.

Me pongo algo de gel desinfectante en las manos y miro hacia la ventana. No sé por qué me molesto en hacerlo. Está tan brillante aquí adentro que más bien parece un espejo.

Algunas noches, cuando estoy solo, me convenzo de que alguien me observa.

«¿Cómo logré volver a NYU con calificaciones patéticas y una deuda estudiantil devastadora?».

Me descubro mirándome. Me hace falta un corte de cabello. Ya comenzó a rizarse detrás de las orejas. Y no me vendría mal dormir un poco.

«¿Parezco alguien que trabaja en una tiendita? ¿De verdad?».

Esbozo una sonrisa. Grande. Es un accidente genético en mi familia el que yo tenga visión y dentadura perfectas. Nunca necesité frenos ni lentes. Me veo dejar de sonreír. ¿Qué importa si parece como que trabajo aquí? Llevo un año haciéndolo.

Inhalo profundo. Me imagino cómo se expanden y contraen mis pulmones. Encontraré la forma de volver a la escuela. Lo haré. Tengo que hacerlo.

Las orejas de Gusto se yerguen. Miro en dirección a lo que llamó su atención. No me asusta trabajar en el turno de la noche, pero hay momentos en los que me pongo un poco paranoico.

No es sorpresa lo mucho que mi mamá detesta mi turno de medianoche. «No es que no confíe en ti», dice con respecto a mis horarios de trabajo. «No confío en los demás. Te podrían asaltar o golpear... o... Dios no lo quiera, confundirte con alguien más y dispararte».

Cuando dice «alguien más» seguramente se refiere a algún chico negro desarmado que lleva una bolsa de Skittles.

Por otro lado, si el turno de la noche consistiera en hacer guardia como residente en un hospital, las cosas serían muy distintas. La mayoría de la gente supone que mi hermano menor, Rain, y yo somos armenios por culpa de una familia de celebridades que no vale la pena mencionar. Me han dicho también algunas veces que parezco hawaiano, ya que es carga histórica de todos los niños mestizos soportar interminables rondas de «déjame adivinar tu procedencia». Nuestros nombres tampoco son muy sugerentes de nuestra ascendencia y eso permite dibujar una imagen más clara de qué clase de persona es mi papá. Me puso Pablo Neruda en honor al poeta chileno, el tipo aquel de «Me gusta cuando callas porque estás como ausente», que en realidad ni

siquiera se llamaba Pablo. Su nombre era Ricardo y lo de «Neruda» se lo robó a otro poeta. Suficientemente confuso es llamarse Pablo sin ser latino, pero en lo personal creo que es bastante cursi que mi acta de nacimiento diga que mi primer nombre es Pablo Neruda, que no tenga segundo nombre y que mi apellido sea Rind. Parece una tontería de clase de inglés de principiantes. A mi hermano tampoco le fue muy bien: Rainer Maria Rind por Rainer Maria Rilke, cuyos sonetos intenté leer en la prepa y fue como un «no, gracias». Lo único que recuerdo era que había muchas exclamaciones, montones de «uh» y «ah» que hacían casi todo el trabajo.

Por lo menos la segunda parte de mi primer nombre no es de mujer: Maria. De cualquier forma, todo el mundo le dice Rain. Sí, como el sensual cantante y actor coreano de *Ninja Assassin* que tiene como veinte cuadritos en los abdominales. Suena como Leaf, Apple, Petal, uno de esos nombres idiotas de los hijos de los famosos.

«Rain estrella su Tesla contra el hotel Plaza».

«Rain brilla en el festival Burning Man».

«La saludable vida de Rain: el plan proteínico libre de crueldad animal».

Las chicas lo llaman «Rainy» y suelen acompañar el apodo con muchas risitas. Es bastante grotesco, pero algunas de las chicas con las que lo he visto no parecen tener trece años, ni mucho menos se visten como si los tuvieran. Me recuerdo que debo tener la conversación con él más a profundidad que aquella vez en que solamente le grité que usara condón cuando Tice y yo lo vimos besándose con una chica en el pórtico del edificio de mamá.

Mi mamá se llama Kyung Hee, pero responde al apodo de Kay. Mi papá se llama Bilal y —curiosamente— lo único que lo tensa en la vida es que la gente blanca le diga Bill. Mi mamá quería que yo me llamara Daniel o David y

que Rain se llamara John, pues son nombres fáciles de pronunciar. Esa es su forma de entender las cosas. Al mismo tiempo, son nombres tan blandengues que suenan mucho más a nuevo migrante que Kyung Hee. Para completar mi biografía: mis padres no están divorciados, solo se separaron antes de que Rain naciera. Así que, aunque no tengo ni un solo recuerdo de haberlos visto besarse, la evidencia sugiere que existió actividad desagradable que no quiero ni imaginar.

Me quito las botas, las hago a un lado y me pongo las pantuflas de felpa gris que dicen deporte en el empeine, como si esa fuera la marca. La señora Kim me las compró después de que me viera admirando las suyas, porque luego de todo un turno las botas se convierten en una prisión. El dedo chiquito de mi pie derecho se asoma por un agujero en el calcetín, así que intento moverlo para que el hoyo quede en otro lugar.

Cuando sea rico y exitoso estos serán los detalles que tendrán que recordar al filmar la película de mi vida para darle algo de color y que el público se identifique más conmigo.

—Ey, ey, ey, ey, ey.

—Ay, carajo. Llegaron los mirones —les grito a mis roomies, Tice y Selwyn. Tice y yo somos casi de la misma altura, un metro ochenta y cinco, pero mientras que él parece estar en forma, yo luzco como un muerto de hambre. Tiene cara de famoso y pestañas como de Tupac que a las mujeres les parecen de ensueño. En términos prácticos, es mi mejor amigo, aunque jamás se lo diría a la cara. Selwyn el Posadero es un chico al que conozco desde primaria, aunque no fuimos amigos hasta que me mudé a su departamento. Para ser franco, no sé si de verdad lo considero mi amigo. Es un poco idiota. Es ese sujeto del grupo que por accidente mira a los ojos al indigente violento en el tren o

que compra la misma gorra que tú y no entiende por qué puede ser un problema.

—Pab. —Tice asiente—. Hola, señor Kim.

Me doy vuelta. A veces el señor Kim me recuerda a Gusto por la forma en la que se materializa de repente. Está leyendo el periódico del otro lado del mostrador. No tengo idea de cuánto tiempo lleva ahí.

—Tice —saluda—. Hola, Wyn.

En la universidad (el enfermo se graduó de Hunter en tres años), Selwyn empezó a hacerse llamar Wyn. Incluso tuvo esa canción de DJ Khaleed («*All I Do Is Win, Win, Win*») como su *ringtone* un tiempo. ¡Dios! ¡Qué mal gusto!

Wyn intenta agarrarle la cola a Gusto. Al chico le encantan los gatos, aunque es alérgico.

—¿Se están portando bien, chicos? —pregunta el señor Kim.

—Claro que sí —contesta Tice y esboza la sonrisa más grande que puede. La última ocurrencia de Tice es que ahora quiere ser actor. Toma clases nocturnas y esas cosas cuando sale de trabajar de Zara. Antes de eso quiso ser DJ, pero bueno, todos pasamos al menos un año de nuestra vida creyendo que queremos ser DJ.

El señor Kim vuelve a su oficina y me lanza una mirada que parece decir que no me está pagando por pasar el rato con mis amigos. Su esposa no es tan estricta. Una vez le regaló un Baci a Tice a pesar de que no somos su tiendita habitual. Su tiendita de siempre está más cerca del departamento y es de una familia afroamericana.

—Estás retrasado —advierte Wyn en tono oficioso y se señala la palma de la mano abierta, como si fuera a golpearme por ser un inquilino moroso. Tiene veintiún años y alma de cincuentón, y hay algo en la mezcla de los genes croatas de su mamá y los jamaquinos de su papá que le hace tener cara de viejo. Además, sus vellos púbicos son

anaranjados, y ese es justo el tipo de cosa que te hace tener una perspectiva distinta del mundo.

—Ya sé. Pero hoy me pagan. —No le digo que me van a faltar sesenta dólares. Y eso es de la renta del mes pasado. En realidad son sesenta y uno, puesto que tuve que gastar un dólar en chocolates de disculpa para Tina porque soy un idiota.

—Esto no puede seguir pasando —repite Wyn mientras se frota las manos. Tiene una de esas sonrisas que es mitad encías y mitad dientes. Es en momentos como este en los que odio vivir con él. Una parte de mí sabe que cien por ciento de mi renta va directo a sus padres, quienes son dueños del edificio; pero sé también que Wyn solo paga trescientos, mientras que los demás pagamos seiscientos. Y yo, al haber sido el último en mudarme, pago más de seiscientos cuarenta dólares por un cuarto que no es más grande que una bodega de limpieza. Miggs, nuestro cuarto roomie —cuya novia, Dara, es la quinta roomie no oficial—, es comediante. Él es quien lleva más tiempo viviendo ahí y el mes pasado, cuando estaba drogado, me confesó cuánto pagaba cada quien.

Además, Wyn tiene la habitación más grande, pero es una tontería pensar que eso es injusto, considerando que el departamento es suyo y lo barato que es para los precios de Nueva York. Pero, dependiendo de mi humor del día, a veces me hace querer darle una paliza. Sus padres son viejos en serio. Tenían edad de abuelos cuando lo tuvieron, así que lo tratan como si fuera de oro. Además es hijo único. Un hijo único con pubis de payaso.

—Ya, hombre. —Tice hace un gesto de fastidio a espaldas de Wyn y lo empuja hacia el pasillo de las galletas.

—A ver —dice Win después de que termina de recolectar sus provisiones. Lo hago esperar mientras publico una foto de sus Oreos sabor incógnito de edición limitada.

Tengo un número decente de seguidores (diecinueve mil) en @Munchies_Paradise, una cuenta que es mitad snack, mitad tenis, que mi mamá sigue y deja de seguir porque no sabe si debería condonar las mierdas que como.

Snacks y tenis. Es casi lo único para lo que sirve internet. Es un insulto que no haya obtenido aún mi palomita azul. Lo más probable es que publique las Oreos con unos Nike x ACW* Zoom Vomero 5, porque el relleno me recuerda a la pequeña lengüeta en la parte de atrás.

Wyn me entrega uno de sus Hi-Chews de manzana verde.

—¿Qué vamos a hacer mañana por tu cumpleaños? —pregunta mientras mastica el chicloso.

—Tengo que trabajar —les digo y tomo otro dulce, pues guardé el primero para después—. Salgo a las seis de la mañana y llego a las siete a la casa.

—Ya. —Wyn se frota las manos—. Desayuno de cumpleaños entonces.

Odio y amo a Wyn en igual medida. Tampoco olvidó mi cumpleaños el año pasado, a pesar de que tenía una semana de haberme mudado. El chico me horneó unos brownies. Con chispas. Y una vela. Fue adorable.